

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## UNA HISTORIA DE FRANCIA

# «AU PLAISIR DE DIEU»

JEAN d'Ormesson, actual director de «Le Figaro» y miembro de la Academia de las Letras, ha publicado un nuevo libro que pertenece, en rigor, al género novelístico y se titula «Au plaisir de Dieu».

Ormesson, miembro de un antiguo linaje, vinculado a la historia francesa durante siglos, que dio personajes de acuda relieve y servicios notables a la milicia, a la Corte, a la diplomacia y a la iglesia, sorprendió hace pocos años a muchos de sus amigos con una obra de largo aliento, «La gloria del Imperio», especie de gigantesco relato de historia-ficción en el que los protagonistas señeros de una gran nación en su hora cenital, y luego en la decadencia se agitan y luchan sobre un escenario que encierra en sí, la minuciosa fidelidad de la crónica, juntamente con la fantasía desbordante del escritor. Lo que ahora sale de las manos del extraordinario creador artístico que es d'Ormesson es una narración hecha en primera persona: la historia que cuenta un hombre, cuya edad más o menos, va con este siglo. Ese personaje es un eslabón en la gran cadena familiar que es el núcleo sobre el que se centra el relato. Tan extenso, tan intrincado, tan complejo, tan inmenso, que el libro se abre con un árbol genealógico que erranca en las Cruzadas y acaba en la «gauche» divina, después de pasar por generaciones, enlaces, descendencias colaterales y, por supuesto, seis o siete países y nacionalidades por los que la antigua estirpe se desparrama en cascadas laterales europeas y ramas americanas marginadas del viejo tronco.

Este libro, que es la historia de una gran familia europea, occidental, cristiana y noble, originada en el feudalismo francés y que desciende también de nuestros legendarios Infantes de Carrión, servidora «del Trono y del Altar», enraizada en la tierra antigua, viviendo a la sombra de un enorme castillo rodeado de bosques y poblado de servidores campesinos del linaje, que ejerce sobre ellos un efectivo y razonable paternalismo, tiene mucho de simbólico y de atroz en su desgarradora realidad final. La familia, cuya divisa heráldica era precisamente esa, «Au plaisir de Dieu» [Al servicio de Dios, traduciríamos libremente], vive durante muchos años mirando exclusivamente al pasado, alimentándose del ayer. Sus tradiciones y la memoria de sus antepasados, pueblan las interminables galerías del château de Plessis como fantasmas vivos que se asoman impotentes al curso implacable de los años y de la vida. El edificio en que vivió en realidad el autor, durante su niñez, Saint-Fargeau, es seguramente el directo precedente del entero argumento. El viejo abuelo que conoció a una abuela cuya oyó de niña los relatos de la Revolución, es semejante al árbol casi centenario que mantiene, de alguna manera, la aparente unidad de la familia bajo la frondosa sombra de su personalidad.

La historia se puede escribir de muchas maneras, pero el género novelístico llena los vacíos que el detallado cronicón de los sucesos omite por innecesarios o por juzgarlos inoportunos en el contexto general. ¿Qué puede dar con más rele-

vante e incisivo impacto la noción de lo que han sido los últimos doscientos años en la vida colectiva de Francia sino la narración apasionada de los sentimientos en los miembros de un clan? Antes de la batalla de Valmy, el patriotismo era entendido en Europa como el servicio al Rey, y por virtud de las alianzas dinásticas y familiares la solidaridad entre las noblezas europeas era más fuerte, en muchas ocasiones, que el conflicto militar o político entre los distintos Reinos. Ramón de Basterra llamaba a este espíritu la «Internacional patricia» y subrayaba con brillante originalidad lo que representó como anticipo en el tiempo a otros movimientos de ese ámbito o alcance que más tarde se hicieron, también, universales. Pero el nacionalismo jacobino se iba a identificar con la guillotina primero; con Bonaparte y sus triunfos imperiales, después, y a partir de 1830 con la dinastía liberal del orleanismo regicida. El segundo Imperio daría todavía más batallas por la grandeza de Francia aunque acabase en Sedán a manos del emperador prusiano. Y luego llega la República, laica, masonica y socialista, que vence en el tremendo forcejeo del 1914 al 1918. Al viejo luchador, tradicionalista, aristócrata, que suspira por la vuelta del rey y que ve morir a los suyos en el campo del honor, le va costando con sudores de sangre, aceptar, primero, la bandera tricolor; después, la Marsellesa; finalmente, el soldado desconocido; la República y el desfile del 14 de julio, pues todo ello no son sino versiones que se suceden en el tiempo de un mismo patriotismo francés que corre como un rumoso caudal por debajo de las apariencias formales.

El protagonista de este volumen fascinante es el tiempo: el mayor de los agentes revolucionarios conocidos, que todo lo trae y todo lo lleva y destruye: imperios, monarquías, despotismos, anarquías y sistemas políticos de cualquier clase, con el simple pasar de su fluido misterioso y perenne. Cuando el tiempo incide, como un rayo de sol oblicuo en el paisaje, en el desfile de las generaciones de una familia, va situando en planos distintos y contrapuestos los sentimientos, las ideologías, las costumbres, los prejuicios y los hábitos de los hombres y las mujeres de cada época.

Hay un clima político, sentimental y mundano determinado, en el París finisecular del «Affaire Dreyfus» y otro, bien distinto, en los delirantes años veinte. El fascismo brota, violentísimo, en la sociedad francesa al filo de la guerra de España y el antifascismo también. Dos nietos del viejo patriarca, maurrasiano y lector de la «Action française», resultan, el uno, colaboracionista del Mariscal Petain, y el otro, comunista resistente en el «maquis». La posguerra, con su barullo eufórico y desordenado, complica aún más las cosas y la guerra de Argelia destruye la coexistencia tribal en forma violentísima. Aparece en la familia una «vedette» de cine, de vida escandalosa, y un joven vástago afiliado a la «gauche» divina que se hace terrorista integral después de mayo del 68. El viejo núcleo del linaje se va desmoronando, y un día el castillo ha de venderse para pagar las deudas de una fortuna que era esencialmente inmobiliaria e inmovilista y que acaba por deshacerse en la nada. La secular estirpe se muere, no sólo por la implacable siega biológica,

sino porque —como agudamente apunta el autor— el vínculo unitivo: la familia, como concepto, se va esfumando en las últimas generaciones que la rechazan, como algo que obstaculiza la entera liberación del hombre.

¡Qué hermoso, patético y desgarrado drama, el que nos cuenta el conde Jean D'Ormesson! Tiene algo del «Gattopardo» siciliano, del universo proustiano, de la «comedia humana» de Balzac y de la Saga de los Forsyte. Pero se diferencia quizás de ellas por ser ésta, primordialmente, una novela de ideas, es decir, la resurrección de un mundo desaparecido en que la pasión intelectual se acentúa sobre las otras cosas. Mil acentos sutiles cargan su tono en el gran laberinto. Hay páginas decisivas, sobre la vuelta del amor en el siglo XIX como tema dominante en la relación social, impuesto por la burguesía, frente a la sofisticada decadencia en que lo dejó la vieja aristocracia; sobre las apariciones periódicas de los coroneles alemanes, parientes lejanos de la estirpe, en el castillo, al frente de las tropas invasoras, formando parte de un aparente rito histórico, en 1814, en 1870, en 1915 y en 1940. Sobre el giro copernicano de la iglesia a la que la tradicional familia trataba de defender contra los que juzgaba eran sus enemigos más peligrosos: la democracia, el liberalismo, la aconfesionalidad, la libertad de conciencia y que ahora, en la era posconcliar, se convertían precisamente en los principios que la propia iglesia recomendaba, en el orden temporal, a los pueblos de Dios. Todo el volumen rezuma ironía, piedad, escepticismo, admiración y justificaciones.

En el contexto de cada época, las diversas ideas se explican y mantienen aunque la mutación social las haya —implacablemente— arrinconado, en un determinado plazo. Los que suponen que ese plazo coincide con el de la propia existencia individual de cada uno se llevan tremendas sorpresas y disgustos e invocan explicaciones apocalípticas para lo que no es sino ley de vida. No es «el» mundo, el que perece, sino «su» mundo el que se transforma, a veces, de modo espectacular. Pero la historia —en este caso la historia de Francia— sigue, a través de los eslabones de la familia, con sus esperanzas, con sus tragedias y sus contradicciones.

Dicen que el autor escribió este libro extraordinario a razón de tres páginas cotidianas que elaboraba de noche, en el silencio y la soledad, mientras fue alto funcionario de la UNESCO, en París. Como toda gran novela, es la resurrección de un universo interior en que los personajes se agitan, luchan, aman y mueren en el seno de una gran comunidad social que los envuelve y, en buena parte, los condiciona. «Au plaisir de Dieu» es un drama que revela un proceso que no es solamente francés, sino europeo y las angustias y entusiasmos de sus protagonistas podrán imaginarse en nuestra vieja tierra española en la que también el tiempo ha erosionado tantas cosas y ha producido ya, sin que muchos se percaten todavía de ello, en los últimos decenios, el más formidable cambio social de nuestra historia.

José María de AREILZA

## UNA REIVINDICACION INESPERADA

# PAISAJE CON UN ARBOL AL FONDO

ESTOS días, la prensa diaria ha publicado la noticia de que un ingeniero de no sé dónde —nordeuropeo, quizá—, estadísticas en mano, acaba de salir en defensa de los ya casi desaparecidos árboles que bordean las carreteras. De bastantes años a esta parte, los burocratas que rigen la circulación rodada tienen declarada la guerra a los vegetales en cuestión, y han talado cuanto estuvo a su alcance. Los viejos caminos contaron siempre con árboles en sus orillas: servían de linde clara, brindaban sombra cuando era de desear, y ponían un punto de amabilidad al trayecto. Mientras el tráfico fue predominantemente de tracción animal, e incluso mientras los vehículos con motor de explosión no eran tan abundantes ni tan frenéticos, la cosa parecía lógica y eñable. Luego vinieron los dramas. Una cantidad conmovedora de automovilistas morían o se lisiaban contra un árbol. Esquivando al que venía en dirección contraria, o por simple inabilidad o deslucido, el tropezón con el tronco más próximo se repetía. Los técnicos de las redes viarias resolvieron que la culpa era del árbol inmóvil, y empezaron a hacer leña. Las rutas de uso habitual se hicieron rápidamente desabradas y torvas. Me imagino que la mayoría de los conductores al uso ni siquiera se han dado cuenta de ello. El tipo, una vez en la carretera, no «viaja»: se limita a correr. Le obsesiona la velocidad. El peligro del accidente trágico le viene de sí mismo o de otro como él que le quiere adelantar o que se le enfrenta, igualmente ofuscado. ¿El árbol?

El fulano que recién ha proclamado la «inocencia» de los árboles ha hecho sus cálculos, y ha sacado la consecuencia de que, al fin y al cabo, entre las causas probables de colisión o de vuelco, la botánica apenas es importante. Yo no me meteré en honduras acerca del particular. Nunca he puesto las manos en un volante, y no puedo opinar con argumentos suficientes. Tampoco aceptaría así como así las clasificaciones oficiales de «asesinatos» y «suicidios» mediante coches. Pero me inclino a creer que el árbol era lo de menos. Ya sin árboles, la gente se las pasa negras «corriendo» por ahí. ¿Habría más víctimas si hubiese árboles? La opinión del ingeniero aludido es que no... Nunca se sabe, claro está. Pero tampoco es éste mi tema. Mi propósito era subrayar esta inesperada reivindicación del árbol, modestísima en su área y difícil en su eficacia —¿cómo poner árboles en las autopis-

tas devoradoras de terreno?—, pero significativa. Lo importante, desde luego, es que el vecindario vaya y venga por donde le de la gana —si sus recursos personales le permiten la ilusión— sin que los hospitalares se vean en apuros. Lo de las pompas tenebrosas es secundario: este negocio es infalible, ya que un día u otro, todos nos hemos de morir, y un ataúd «per capita» raramente fallará, pague la familia, la beneficencia o la compañía de seguros. Hay de por medio más angustias. Por supuesto. Con todo, la hipótesis del árbol queda en pie. Árboles; árboles, árboles... Y no sólo los de la carretera.

Observo que, en la euforia «progre» de la pedagogía más de moda, casi nadie habla del árbol. En mis tiempos, cuando los maestros que sufríamos —el «maestro» es alguien que el crío ha de sufrir— se contentaban con Pestalozzi, intentaron inculcarnos el «amor al árbol». Y eso que, entonces, todavía no estábamos tan abrumados por el monóxido de carbono ni por las demás insidias contaminadoras del esplendor fabril. Nuestros «maestros», mal pagados, sujetos a un hambre «proverbial», organizaban la «Fiesta del Árbol». La cual consistía, básicamente, en aficionar a los niños a eso que llamamos «la Naturaleza». Supongo que Pestalozzi procedía de Rousseau, por vía suiza. Lo ignoro, y ahora no me siento con ánimos de comprobarlo, acudiendo a una enciclopedia. Frente al árbol, los agricultores únicamente pensaban en la cosecha frutal; a los chicos de mi edad nos educaron en la idea del árbol «tótem-esperanza», a solas, glorioso, favorable a la respiración limpia y a la belleza del panorama. Don Joaquín Costa estaba en el fondo de la maniobra. Y los krausistas. La «escuela-jardín», entre nosotros, fue un proyecto de izquierdas. Recuerdo —tuvo que ser avanzado el 31 o ya entrado el 32— que, en mi pueblo, organizaron la «Fiesta del Árbol». Nos llevaron a los escolares a participar en una ceremonia de plantar o trasplantar arbolitos. Eran unas plantaciones sin futuro, pero de buena intención. Volví a casa con una banderola tricolor, de papel, y mi padre, que era más carlista que don Carlos, me obsequió con un enérgico pescocón. Fue mi primera experiencia política. A mi progenitor no le importaban los árboles, pero sí —cruzado de la Causa— las banderas. Son cosas que ocurrían, y que siguen ocurriendo.

¿Qué se hizo de la «Fiesta del Árbol»? Ya no parece que funcione. Las militancias del doctrinarismo corriente y moliente no se rebajan a eso, y tirios y troyanos coinciden en ello. Si perdura algún reducto fiel, será minoritario. Ya se han olvidado los «himnos al árbol», las operaciones simbólicas de «replantación», los concursos literarios sobre el asunto. Con banderas o sin banderas. El árbol es el gran olvidado. Peor aún: por una de aquellas maniobras estupidas de la Administración, se le ha querido reservar a los ejercicios de las oficinas. Es lo que se llama la «replantación forestal». No todo árbol es «forestal». Desde luego. La broma «forestal» es, en esta península, muy curiosa. Se dice que en tiempos del Emperador Carlos un pájaro bien dotado podía ir de los Pirineos a Gibraltar, saltando de rama en rama. Se dice. Los historiadores, tan circunspectos en otros niveles de verificación, apenas explican la «realidad» de la geografía «física» —esa geografía es historia— de la época. Nosotros hemos heredado un espacio bastante pelado de vegetación. La «replantación forestal» administrativa no cubría, ni puede cubrir, toda la necesidad básica de la clorofila que padecemos. A ello se añaden unos incendios periódicos no menos «forestales», y la tentativa recuperadora se descompensa con el fuego estival... Los que fuimos educados con la «Fiesta del Árbol», a estas alturas, no sabemos a qué atenernos: ¿un árbol?

Una grotesca consigna —afortunadamente, nadie hizo caso de ella— insinuaba que cualquier varón no quedaría biológicamente cumplido si no procreaba un nene, no plantaba un árbol —pongamos un arbusto— y no escribía un libro. Tanto nenes como árboles hacen falta, supondría, en la economía del planeta que habitamos, un desastre absoluto. Y tantos libros como árboles y partos, supondría una colosal aflicción bibliográfica. Gracias a Dios, los porcentajes no son correlativos, y los matrimonios engendran menos libros que criaturas. Pero ¿tantos árboles son renovados como son serrados? Del árbol seguimos siendo parásitos más de lo que las apariencias dan de sí. El llamado «papel de prensa» procede, en buena parte, de bosques: unos bosques remotos, pero «bosques». Y el dictamen de la ciencia es que sí, a través de otros bosques, del Brasil —por ejemplo—, se produce y reproduce un determinado plan de «autopistas», el

equilibrio «ecológico» mundial se va al cuerno. Ultimamente, el «equilibrio ecológico» regional —no «mundial»—, entre nosotros, ha sido tratado con una alegría literalmente idiota. Esta visión «localista» del asunto es penosa. He citado la amenaza de Sudamérica, y los doctos en la materia insinúan que si la Unión Soviética promueve tal o cual tinglado de «obras públicas» relacionado con sus ríos y sus nieves, el saldo será poco afectuoso para la población de otras partes. En la dialéctica entre la Naturaleza y la Antinaturaleza (pongamos la Ciencia), el lío es tremendo. Y el salto a la Luna forma parte de eso.

El árbol, un pobre árbol, una fila inútil de árboles, puede ser y es un resgo de paisaje: cuando menos, decorativo. Eso ya se ve en el Rosellón, y más aún en la Occitania litoral, y en las Italias sucesivas. Un árbol tan inútil como el ciprés, se mantiene en esas zonas. Y fuera de los cementerios, además... El ciprés es un árbol espléndido. No lo es menos el naranjo, el limonero, el almendro, el algarrobo, el peral, el melocotonero, y hasta el nopal. Pero incluso el nopal sería rentable (¿por qué el higo-chumbo ha dejado de ser un comestible urbano?): no el ciprés. No el árbol por el árbol: ciprés, acacia, eucalipto, plátano, pino, chopo y etcétera. No hay nada desaprovechable, y hasta la última brizna del suelo puede ser integrada por la industria voraz. Eso es evidente. De todos modos, el árbol-bandera es una referencia incisiva. No digo el ciprés de la Toscana, ni el pino de Roma: nosotros, perfectos imbéciles, ya hemos renunciado a estas eventualidades, gráciles, de una belleza insuperable. Pero sin ninguna ventaja. Los indígenas hermanos nuestros, labriegos u oficinistas conspicuos, están en contra de cualquier árbol, por principio, siempre que ese árbol no proporcione material de venta inmediata. Los sociólogos y los economistas rousseauianos que, de vez en cuando tocan la flauta de la protesta «anti-industrial» —son muchos—, nunca piensan en el árbol solitario y con derecho a vivir porque sí. O lo tergiversan, y convierten al árbol decadente en un petardo hipocrita.

Sea como fuere, cada vez hay menos árboles.

¿O no?

JOAN FUSTER

## programación

PRÁCTICAS reales con Ordenadores sin limitaciones.  
Cursos: SUBVENCIONADO. Test de amplitud gratuita.  
BOLSAS DE TRABAJO. Horarios de MAÑANA, TARDE y NOCHE.  
Próximo inicio: 15 de octubre.  
ESCUOLA DE INFORMÁTICA  
C/ José Antonio, 392 (Pl. España) Tel. 325 09 47  
ESTUMER Calle Aragón, 112 (C. Urgel) Tel. 254 30 08

# IBM

LAVADORAS  
SUPERAUTOMÁTICAS  
desde 500 ptas. mes  
CROSSLER-ARG-BRUKKINTUNNA  
INDESIT-ZANUSSI etc.  
y abonamos por la compra hasta 8000 pt.  
SATEL RONDA SAN PABLO, 42-44  
Tel. 329 60 60-329 55 55  
VISITAMOS A DOMICILIO

## curso de MARKETING

UNA PROFESION PARA HOMBRES Y MUJERES DE HOY  
Curso especialmente programado para jóvenes que deseen iniciarse en el campo de las relaciones humanas, psicología aplicada al Marketing, técnicas de comunicación, dinámica de grupos, expresión oral, publicidad, técnicas de promoción de ventas, etc.  
ESCUOLA DE ESTUDIOS SUPERIORES EMPRESARIALES ECONÓMICA  
ESTUMER Avda. José Antonio, 392 (Pl. España) Tel. 325 09 47 - Calle Aragón, 112 (C. Urgel) Tel. 254 30 08